

EL ENANO SALTARÍN

Después de la lluvia

«... porque entonces aún no sabía que a pesar de crecer y por mucho que uno mire hacia el futuro, uno crece siempre hacia el pasado, en busca tal vez del primer deslumbramiento».

Juan Marsé, «El embrujo de Shangai»

No soy el más indicado para decirles en qué dirección crece el ser humano. Soy una caso de crecimiento interrumpido, aunque trato de llevarlo con alguna dignidad y bastante alegría. Además, en esta poblada soledad del bosque soy un gigante para sus moradores del reino animal. Pero me parece muy acertada esta frase de Juan Marsé, un gran contador de aventuras, género oral y literario nacido a la luz del cine y al calor de las calles; los de su generación le llaman *aventis*. Me parece que el escritor ha captado con poética precisión lo que tan a menudo se les escapa a los sesudos especialistas del ramo. Creo que, en efecto, la infancia es el período en el que se está más expuesto a ese relámpago intuitivo, a esa iluminación fulminante, a ese instante maravilloso y fugaz... ¿En qué consiste? Es difícil explicarlo a quien no lo haya sentido al menos una vez en su vida. Es como una fulguración que nos desvela la esencia de la belleza, o de la verdad o de la bondad, por decirlo en plan de filosofía recreativa. Suele ser un momento breve, pero en el que se siente —y se sabe— que algo fundacional, definitorio y básico acaba de sucedernos...

No vayan a pensar ustedes que se trata de algo solemne, institucional y previsible. No, no es nada de eso. Es

una emoción que surge sin buscarla. Puede alcanzarnos con la fuerza de un rayo una tarde de primavera, cuando acaba de llover y descubrimos — como le sucedió a un amigo también bajito— la brillante, móvil, inesperada arquitectura de una tela de araña en un rincón del jardín. O nos invade súbitamente cuando, tumbados en un prado, las nubes nos dibujan en silencio sus secretos mensajes de algodón. Suele estar siempre de por medio la naturaleza, las cosas, el cosmos aún

no destruido por un significado. Signos desnudos que nos dicen algo inefable. Suena un poco místico, pero no sé decirlo de otro modo. A veces, menos, hay alguna persona en este bautismo deslumbrante. Y sucede también, y a menudo, si se ejercita uno en ello, ante un libro. Porque en un libro puede habitar todo un mundo virginal, aún por descubrir. Las palabras escritas cobran, entonces, vida propia, como si también una lluvia las hubiera despojado de su aspecto habitual, dejándolas limpias, fascinantes, sugerentes. El deslumbramiento es algo así... más o

menos. Y es muy cierto que crecemos en busca de las huellas de esa inolvidable experiencia, que quedan como una venturosa cicatriz en la memoria. Tras de cada palabra, página, libro, se oculta un *aventis*. Leer es correr el riesgo de que nos deslumbren las palabras. Vale la pena someterse a él en toda ocasión. Más aún cuando las circunstancias hacen que cosas y personas pierdan esa luz que, en tiempos, ardía ocultamente en su interior. Gracias, Juanito, te debo una copa. O dos.



PEP MONTSERRAT

El Enano Saltarín